

La humildad de la Navidad

(Lucas 2:1-14)

Pastor Tim Melton

Cuando leemos la narración de la Navidad es impresionante ver la humildad con la que Jesús llegó a este mundo.

El santo Hijo de Dios dejó su trono para venir a nosotros. De forma que *“siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos”* (Filipenses 2:6-7).

Dios no escogió a una reina de un imperio poderoso, famoso y rico, para ser la madre de Jesús. Por el contrario, Dios escogió a una sencilla adolescente del pueblo de Nazaret, una localidad que solo tenía 120-150 habitantes. Para muchos hubiera sido el último sitio en el que hubieran buscado para encontrar al Mesías prometido. Esto se confirma en Juan 1:46, cuando a Natanael le dicen: *“Hemos encontrado a Jesús de Nazaret, el hijo de José, aquel de quien escribió Moisés en la ley, y de quien escribieron los profetas.”* Y él replica: *“¿De Nazaret! Acaso de allí puede salir algo bueno?”*

Entonces vemos que Jesús va a ser criado y educado por José, el marido de María, que es un simple carpintero. No un príncipe, un guerrero o ni tan siquiera un sacerdote, sino un simple carpintero.

Jesús llega al mundo como un bebé. Los bebés son vulnerables, dependientes y están por educar, y aun así esa es la forma que Cristo escogió. Y para incluso mayor humildad, este niño Cristo no nace en un palacio, sino en un pesebre, un comedero, probablemente rodeado de animales de granja y de la suciedad y los olores asociados.

Es sorprendente que la historia nos diga que el primer anuncio de la venida de Jesús fuese a unos pastores. En aquella época los pastores no estaban bien considerados por la gente religiosa. Los despreciaban y los veían como impuros porque no podían cumplir con los detalles de la ley ceremonial. No podían observar todos los meticulosos lavados de manos exigidos, ni las reglas y normas

establecidas. Sus rebaños les tenían demasiado atados. Por eso, la élite religiosa de la época los consideraba inferiores, sin educación, pecadores e impuros. Sin embargo, fue a esta sencilla gente de los campos a los que se dirigieron los ángeles.

En esta divina humildad vemos que los caminos de Dios son muy diferentes de los nuestros. Sus prioridades y métodos parecen locura a nuestro mundo, pero en la realidad de Dios son expresiones de sabiduría. La historia de la Navidad es tremendamente sorprendente. Muchas personas de otras religiones que la escuchan por primera vez piensan que evidentemente Dios no actuaría así, pero sin embargo lo hace.

Esta humildad, que nos deja desconcertados y sin saber qué esperar, continúa durante toda la vida de Jesús. Con la mujer que fue descubierta en adulterio, esperamos que se desate la ira de Dios, pero en cambio, Jesús dice a los que están listos para lapidarla que *“quien esté libre de culpa tire la primera piedra”*. Jesús se acerca al leproso, que tiene una enfermedad contagiosa y en muchos casos letal, y le cura tocándole, cuando una sola palabra hubiera sido suficiente. Cuando el joven rico viene a Jesús buscando el cielo, cualquier otro hombre se hubiera sentido orgulloso de que una persona de semejante estatus y con tantos recursos se uniera a su equipo, pero Jesús lo que hace es revelar el ídolo de la riqueza en el corazón del joven y, como respuesta, este se va triste y compungido.

Jesús nunca escribió un libro. Nunca tuvo un cargo oficial en la sinagoga. Nunca tuvo propiedades o acumuló riqueza. No tenía una carrera de un prestigioso seminario ni un cargo político. Al final de su ministerio, después de su ascensión, había solo 120 seguidores reunidos esperando la venida del Espíritu Santo. Para la mayoría de los estándares, sus orígenes en un pesebre fueron humildes, y su muerte y lo que pareció ser el final de su movimiento fue incluso más humilde. Pero en realidad no fue así.

Conocemos el resultado. Su intensa inversión en las vidas de los 12 apóstoles y su ministerio a muchos más se ha traducido en consecuencias eternas que eclipsan a cualquier rey, emperador, organización o gurú religioso que el mundo jamás haya conocido. Mientras Cristo continúa viviendo en nuestras vidas, a través del Espíritu Santo los corazones cambian, se concede el perdón y las vidas se transforman. El Evangelio continúa siendo predicado a las naciones en todo el mundo.

Todo esto empezó con la humildad divina encontrada en el pesebre en esa primera mañana de Navidad, y continuó con la divina humildad que no quiso llamar a legiones de ángeles que podrían, en un abrir y cerrar de ojos, haber prevenido el arresto de Cristo, su tortura y su crucifixión. Nosotros también somos llamados a practicar esa misma humildad.

En palabras del apóstol Pablo:

No hagáis nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad considerad a los demás como superiores a vosotros mismos. Cada uno debe velar no solo por sus propios intereses, sino también por los intereses de los demás. Vuestra actitud debe ser como la de Cristo Jesús, quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y, al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo

y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz! Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. (Filipenses 2:3-11)

La humildad no era solo un rasgo del carácter de Jesús; se ve a lo largo de todas las Escrituras en las vidas de los que andaban con Dios. En Números 12:3, leemos: *“A propósito, Moisés era muy humilde, más humilde que cualquier otro sobre la tierra”*. Es increíble que Moisés fuese humilde. Recibió la mejor educación del mundo en el palacio en Egipto. Habló cara a cara con el faraón en múltiples ocasiones. Fue usado por Dios cuando Dios llevó las plagas sobrenaturales contra Egipto. Guió a varios millones de israelitas esclavos liberándolos de la cautividad en Egipto. Tocó el Mar Rojo con su bastón y el mar se abrió para que los israelitas pudieran cruzar pisando tierra firme. Recibió directamente de Dios las tablas de piedra en las que estaban escritos los 10 Mandamientos. Éxodo 33:11 nos dice: *“Y hablaba el Señor con Moisés cara a cara, como quien habla con un amigo.”*

A lo mejor esa era la razón por la que Moisés era humilde. Se había acercado a Dios y había visto la comparación. Sabía lo grande que era Dios y lo débil que era él. Sabía que él no tenía el mérito de todo lo que había pasado. Sabía que Dios era soberano y Todopoderoso. Sabía que sin Dios él no era nada más que un asesino que había estado cuidando ovejas en el desierto los últimos 40 años de su vida.

La humildad venía de saber que cualquier cosa de la que él hubiera formado parte era todo debido a Dios y nada debido a las cosas que él hubiese hecho. El resultado fue humildad.

Vemos lo mismo en Juan Bautista. Jesús le describía como más grande que ninguno de los demás profetas que habían venido antes que él. Juan sirvió a Jesús inmensamente, pero sabía cuál era su rol. Él era el antecesor de Cristo que tenía que preparar el camino para la llegada de Cristo. Como un heraldo que llegaba a los pueblos para proclamar que el rey llegaría pronto, igualmente Juan vino simplemente para preparar el camino del Rey que llegaba. Un heraldo del rey nunca proclamaría la gloria para sí mismo, y nosotros tampoco debemos hacerlo. En Juan 3:26-28, 30, leemos:

Aquellos fueron a ver a Juan y le dijeron: —Rabí, fíjate, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, y de quien tú diste testimonio, ahora está bautizando, y todos acuden a él.

—Nadie puede recibir nada a menos que Dios se lo conceda —respondió Juan—. Vosotros sois testigos de que dije: “Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él.”

A él le toca crecer, y a mí menguar.

Juan sabía que su rol era preparar el camino para Cristo y se daba cuenta de que incluso ese papel era un regalo del cielo. Él había sido elegido antes de nacer. Todo era obra de Dios. Él no se había ganado nada de lo que había hecho ni ninguna aclamación por lo que había recibido. Esta comprensión es la que formó la humildad en la vida de Juan.

Nosotros tampoco podemos reclamar ningún mérito por lo que somos o lo que hemos conseguido en nuestras vidas. Algunos dirían que ellos se merecen todo el mérito porque han trabajado duro para

ganar lo que tienen, pero ¿es la gloria realmente de ellos? Si tienen voluntad de volver a las Escrituras, encontrarán que Dios es el que nos da todos los buenos regalos: *“Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre”* (Santiago 1:17). No podemos atribuirnos ningún mérito por la mente que tenemos, por nuestra salud, por nuestras habilidades, por nuestras oportunidades, por nuestro dinero o posición social. Como Pablo dice en 1 Corintios 4:7, *“¿Quién te distingue de los demás? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y, si lo recibiste, ¿por qué presumes como si no te lo hubieran dado?”*

No merecemos el aire que respiramos ni ninguno de los latidos de nuestro corazón. Dios nos formó en el vientre de nuestra madre, sabía los días de nuestras vidas antes de que hubiésemos nacido (Salmo 139). Dios, que nos ha salvado del pecado y de la oscuridad y que nos ha dado la vida, nos ha acercado a sí mismo (Juan 6:44). Es Dios quien produce en nosotros tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad (Filipenses 2:13). Cuando le buscamos primero, Él cubre nuestras necesidades (Mateo 6:33). En nuestras debilidades Él es fuerte (2 Corintios 12:10). Solo Él merece toda la gloria. Son estas verdades las que nos sacan del orgullo y nutren un corazón de humildad dentro de nosotros.

Nuestra relación con el orgullo y la humildad afectará en gran medida a nuestra relación con Dios. Proverbios 16:5 declara: *“El Señor aborrece a los arrogantes. Una cosa es segura: no quedarán impunes.”* En marcado contraste, Jesús dice en Mateo 5:3: *“Dichosos los pobres en espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece.”* Esta tensión se resume en Pedro 5:5: *“Dios se opone a los orgullosos pero da gracia a los humildes.”* Aquellos que son conscientes de su pobreza espiritual y su necesidad de Dios son recibidos con los brazos abiertos por Dios. Una manera segura de conseguir que el corazón de Dios se vuelva contra ti es comportarse con arrogancia y orgullo. Proverbios 8:13 nos dice que Dios odia el orgullo.

En Marcos 7:20-23, Jesús enumera trece características que salen del corazón y contaminan a la persona. En esta lista vemos el orgullo mencionado al lado de la inmoralidad sexual, el asesinato y el adulterio. El orgullo es egoísta, con pretensiones de superioridad moral, auto-glorificador y pecador. Impide que alguien se acerque a Dios porque piensa demasiado en sí mismo y muy poco en Él.

El orgullo tiene consecuencias. Proverbios 16:18-19 nos dice: *“Al orgullo le sigue la destrucción; a la altanería, el fracaso. Vale más humillarse con los oprimidos que compartir el botín con los orgullosos.”*

Salmo 10:4 habla de como en su orgullo los malvados no buscan a Dios ni tienen espacio para Dios en sus pensamientos. Cuando un cristiano es orgulloso a veces esto se expresa en fanfarronería, pretensiones de superioridad moral, juicio a los demás, y pensar que realmente no tenemos necesidad de Dios. A algunos les llevará al legalismo y a una débil vida de oración. Podemos decir que creemos en el poder de la oración y nuestra necesidad de Dios, pero funcionalmente vivimos sin Dios, apoyándonos en nuestras propias habilidades, y buscando la gloria por cualquier logro que podamos conseguir. Seguimos nuestra propia voluntad y nuestros planes como si nuestras vidas nos perteneciesen, cuando en realidad pertenecemos a Cristo.

Un cristiano orgulloso a menudo no es consciente de los pecados de su vida, y en cambio tiene muy en cuenta los pecados de los demás. Es muy posible que la instrucción de Jesús de fijarse en la viga en el

propio ojo antes de apuntar a la astilla del ojo ajeno sea totalmente ignorada (Mateo 7). Cuando pedimos al Espíritu que nos revele el pecado de nuestros corazones, somos humildes y somos perdonados. Cuando confesamos el pecado en nuestras vidas, estamos preparados para apreciar verdaderamente la gracia que encontramos en Cristo. Y entonces podemos dar esta misma gracia a los demás.

Algunos intentarán defender el orgullo como confianza en uno mismo e independencia, pero el orgullo es diferente a estas cosas. La ofensa más grande del orgullo es que busca robar a Dios la Gloria que le pertenece. Buscamos reconocimiento y mérito, haciendo un ídolo de nosotros mismos y muy poco de Dios. Satanás fue echado del cielo por esta misma razón (Isaías 14:12-15). Tuvo la audacia de buscar la gloria de Dios, y al final lo perdió todo.

El orgullo ha impedido a mucha gente conseguir la salvación. Han intentado llegar a Cristo por sus propios méritos, con su propia inteligencia y en sus propios términos, pero la salvación nunca se recibe de esta manera.

La salvación depende de la humildad del corazón. La salvación requiere morir a uno mismo. Hay que admitir la bancarrota espiritual y la culpa. No se puede contar con uno mismo, sino que hay que poner la fe en Jesucristo para conseguir la salvación. Hay que ser humilde y postrarse ante Dios y alejarse del pecado.

Esta es la primera humildad en la vida cristiana, pero no la última. El crecimiento de un cristiano gira sobre la humildad continua, día a día, y en la dependencia en Cristo.

Comenzamos a entender la humildad en las palabras de Pablo: *“El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso”* (1 Corintios 13:4).

El apóstol Pablo continúa en su carta a la iglesia de Filipo: *“No hagáis nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad considerad a los demás como superiores a vosotros mismos”* (Filipenses 2:3). Jesús añade en Lucas 14:1: *“Todo el que a sí mismo se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido.”*

Esa es una de las claves para una vida de humildad como cristianos. Habrá múltiples veces en las que Cristo nos llame a la humildad. Desearemos el camino del orgullo, pero debemos confiar en el hecho de que cuando nos humillamos delante Cristo y delante de otros, al final Él nos levantará.

1 Pedro 5:4-6 lo deja claro: *“Así, cuando aparezca el Pastor supremo, recibiréis la inmarcesible corona de gloria. Así mismo, jóvenes, someteos a los ancianos. Revestíos todos de humildad en vuestro trato mutuo, porque «Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes». Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su debido tiempo.”*

Jesús ilustra este punto en Lucas 14:7-11:

Al notar cómo los invitados escogían los lugares de honor en la mesa, les contó esta parábola:

—Cuando alguien te invite a una fiesta de bodas, no te sientes en el lugar de honor, no sea que haya algún invitado más distinguido que tú. Si es así, el que los invitó a los dos vendrá y te dirá: “Cédele tu asiento a este hombre.” Entonces, avergonzado, tendrás que ocupar el último asiento. Más bien, cuando te inviten, siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te invitó, te diga: “Amigo, pasa más adelante a un lugar mejor.” Así recibirás honor en presencia de todos los demás invitados. Todo el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

Cuando buscamos crecer en humildad debemos darnos cuenta de que la humildad es la voluntad de Dios para nuestras vidas, y a muchos de nosotros ya nos está guiando a través de un proceso para hacer crecer mayor humildad en ellas. Un ejemplo de Dios tomando la iniciativa se encuentra en 2 Corintios 12:7-10. En estos versículos Pablo habla de una “espina en el cuerpo” que sufría:

Para evitar que me volviera presumido por estas sublimes revelaciones, una espina me fue clavada en el cuerpo, es decir, un mensajero de Satanás, para que me atormentara. Tres veces le rogué al Señor que me la quitara; pero él me dijo: “Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad.” Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo. Por eso me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo; porque, cuando soy débil, entonces soy fuerte.

Nuestra tendencia natural es aferrarnos al orgullo y resistirnos a la humildad, pero igual que a Pablo, Dios a veces nos trae circunstancias que nos humillan y nos recuerdan nuestra necesidad de Él. Recuerda las circunstancias de Pablo. Él era un fiel siervo de Dios que pasaba por un tiempo difícil. Oró por alivio, pero este nunca llegó. La espina en la carne fue traída por un mensajero de Satanás, aunque al mismo tiempo sirvió a un propósito divino. Debido a las grandes revelaciones que Pablo había recibido, podría haberse vuelto orgulloso, pero Dios en su gracia hacia Pablo no le alivió de la “espina en el cuerpo”, sino que le dio la gracia necesaria para soportarla.

A veces Dios permite sufrimiento en nuestras vidas para protegernos del orgullo. En esos momentos, ¿andaremos en humildad, recibiremos lo que nos ha ordenado soberanamente, y confiaremos en la mano de un Dios que nos ama?

En Juan 13:1-17, encontramos una de las imágenes más claras de humildad de las Escrituras. Jesús está reunido con sus 12 discípulos para la última cena. Acababan de terminar de discutir sobre quien sería el más grande en el reino, y justo después tenemos estos versículos: Jesús, el santo Hijo de Dios se levanta de la mesa. Se quita el manto y se ata una toalla en la cintura. Echa agua en un recipiente y lava los pies de los discípulos. Después les seca los pies con la toalla que tenía en la cintura. Entonces llama a sus discípulos a seguir su ejemplo y vivir de la misma manera.

Esta es una de nuestras llamadas más claras a la humildad, pero si no tenemos cuidado se nos olvida un detalle clave de la historia. En el versículo 3, antes de que Jesús se levantara y cogiese la toalla y el agua, dice esto: *“Sabía Jesús que el Padre había puesto todas las cosas bajo su dominio, y que había salido de Dios y a él volvía,⁴ así que se levantó de la mesa, se quitó el manto y se ató una toalla a la cintura.”*

Este es el detalle crucial de la historia. Su acto de servicio era lo que nacía de forma natural de su conciencia de su relación con Dios, su Padre. Jesús conocía a su Padre y se relacionaba adecuadamente con Él. Conocía su rol y el propósito que tenía por delante. Con esto en mente, se removió en él un corazón de humildad que sirvió a los demás.

Lo mismo es cierto para nosotros. Cuando estamos en una relación adecuada con Dios esto nutrirá un corazón de humildad dentro de nosotros. Una práctica diaria del evangelio nos hace conscientes de nuestro pecado y de nuestra necesidad desesperada de Cristo. Esta conciencia del pecado nos da una mayor apreciación de la gracia de Dios. En Cristo somos humildes y estamos seguros. No necesitamos seguir agradando al mundo, cambiar la verdad con exageraciones o darnos gloria a nosotros mismos. No nos hace falta promocionar nuestra imagen o defender nuestra reputación. Vivimos con un corazón agradecido y una mentalidad dependiente. Nos damos cuenta de que todo lo que tenemos nos ha sido dado. Como nuestras necesidades están cubiertas en Cristo, no necesitamos depender del mundo para que nos sostenga o para que cubra nuestras necesidades. Nuestras necesidades están cubiertas en Cristo y así ahora somos libres para servir a los demás.

Si buscas evaluar tu grado de orgullo, aquí tienes algunas preguntas que considerar:  Tienes conciencia del pecado en tu vida?  Te disculpas fácilmente?  Recibes bien las críticas?  Sirves a otros frecuentemente?  Sirves a otros de forma anónima?  Presumes cuando haces algo bueno?  Hablas mucho sobre ti mismo?  Te gusta cotillear?  Te ofendes fácilmente cuando alguien te trata peor de lo que crees que mereces?  Est s abierto a las perspectivas de otra gente o solo a la tuya?  Culpas a los demás cuando las cosas no van bien?  Te sientes cómodo hablando de tus debilidades?  Tiendes a juzgar a los demás o eres demasiado crítico?  Encuentras satisfacción en corregir a los demás?  Te sometes a la voluntad de Dios, o sigues tus propias prioridades?  Oras a menudo, o solo confías en ti mismo para cubrir tus propias necesidades? Si fallas en algo,  cu nto tardas en recuperarte?  Te enfadas con Dios cuando no responde a tus oraciones de la forma que tú quieres?  Te sientes inseguro, o caminas con seguridad en el amor de Cristo?

Hoy, pídele a Dios que te haga humilde. Recibe las dificultades como una herramienta que Dios utiliza para refinarte. Disc lpate cuando sea necesario. Comienza a preguntarte los motivos de por qué haces lo que haces. Sirve a otros intencionalmente. Recuerda cómo Dios ha obrado en tu vida en el pasado. Da las gracias por todo lo que Dios te ha dado. Acércate a Dios a través de la oración, la confesión y la lectura diaria de las Escrituras. Pídele a Dios que te revele el orgullo que hay en tu corazón. Confía en él para refinarte y volverte humilde.